

ÉSTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FTES.



LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

GRITOS DESDE PARIS.

Paris 20 de Febrero de 1864.



UE ESTO vá malo, «Junípero,» es cosa sabida, y malo con M mayúscula, lo que no impide que todo el mundo coma, beba y se divierta. ¡Pero vaya un frío de tres be-moles y un sostenido! Se dá diente con diente, pero adelante; salen á danzar pieles y lanas, juegan los caloríferos y las chi-

meneas, pero en asomando las narices el sol un día, á milagro nos vamos al Bosque desde la una hasta las tres, en carretela abierta, «Junípero,» ni mas ni menos, que si toda esta gente se hallase en la Habana, los belitres de los cocheros cargados de pieles, como unos señores, y nosotros los que vamos den-

tro de los carruages, bien entendido con grandes pieles tambien sobre las rodillas, con pieles al cuello y en las manos, con pieles por todos lados, pero la nariz al aire, como veleta de campanario, colorada como un pimiento, pero firme siempre ante el aire helado del Bosque, que por cierto no me sabe á gloria. ¡Casi estoy ya lamentando haberme venido tan de prisa de la Habana, pudiendo haberlo dejado para Marzo!

El Emperador, la Emperatriz y le *petit*, se han quitado el luto que llevaban por la duquesa de Parma, la buena señora que probablemente no le hubiera llevado por el Emperador Napoleon si éste hubiera muerto antes. ¡El mundo es así! El Emperador se aflige por los dolores de los príncipes caidos en Italia, pero se aflige con un ojo solo, que el otro se mantiene sereno, mirando al Rhin y á Turin, ó á Turin y al Rhin, como tú quieras.

¡Has oido hablar de Emile de Girardin? ¡Qué peine, chico! Tiene mas conchas que un galápago, y mira que un galápago tiene muchas y muy buenas. Está furioso contra el Instituto, y hace á todos aquellos vejetes una guerra á muerte y sin cuartel; les dice en plata que

todos ellos juntos no valen tres cominos y medio, y propone muy sério que al lado del Instituto se cree otro Instituto, que será el de los hombres de verdadero talento de la Francia, pues que se compondrá de las ilustraciones legítimas del país, del mérito verdadero, al cual es sabido tienen terror las mómias del Instituto, esos cuarenta inmortales entre los que no se cuentan aun hoy ni Leon Gozlan ni Jules Janin, ni Karr, ni Dumas, como no llegaron á contarse Beranger, Balzac, Soule, ni mucho antes Beaumarchais, Rousseau, Pascal, Lesage ni Molière! Te digo que Emile de Girardin, se ha propuesto poner en ridiculo al Instituto, y ya verás si se sale con la suya.

Te participo que en cuanto vaya calentando un poco el tiempo me las guillo á Spa ó á Bade, con esta *maleta* de mis pecados, á quien se le ha metido recientente en la chola dar un paseito veraniego antes de ser verano. Si voy á Spa, desde allí te seguiré escribiendo; si voy á Bade, nada te ofrezco, porque hay allí cierta mesa, gran-mesa, con su tapete verde y sus rayas de dos colores que probablemente me distraería lo suficiente para no pensar ni en tí, ni en

la Habana, ni en mí mismo. *A la bonté de Dieu!*

Junípero! Abajo el sombrero! Te voy á hablar de una cosa magnífica que he oído anoche, la mas grandiosa composicion de Verdi, relativamente, por supuesto. Es su *Himno de las Naciones*, que, en mi concepto, no hay mas allá, y ya sabes que soy un poco músico, aunque de los machacadores de Gottschalk, para entender de todo un poco. El *Himno de las Naciones*, de Verdi, le cantan una docena de artistas italianos de primera fuerza, ochenta coristas y un ejército de instrumentistas, y en él ha sabido Verdi, con un admirable talento, introducir los tres aires nacionales de la Francia, la Inglaterra y la Italia, mezclados con tal gusto y tal originalidad que encantan. El aire nacional de la Inglaterra está á cargo de los primeros artistas; el de la Francia á la interminable orquesta, y el de la Italia á los ochenta coristas, resultando de los tres mezclados un todo tan bizarro, tan grande, original y grandioso como no puedes formarte una idea. ¡Gloria al gran Verdi, diputado de la Italia libre!

Las mugeres siguen aqui dispensando toda su *grave* atencion á las pirámides de los diez francos, de que ya otra vez te he hablado. Georgette me sacrifica, pues gasta tres cada semana, en cara, manos, brazos y pecho. El tal baño de la reina Semiramis está encerrado en una verdadera pirámide de metal, cerrada por una perilla negra y dorada, no muy grande aquella, pero si lo suficiente para contener como seis onzas de líquido, de un perfume raro y esquisito, eso si, preciso es confesarlo. Por si quieres decir á tus lectoras el modo de usarlo, te advertiré que de ese líquido oriental de Semiramis se ponen doce gotas tan solo en un vaso lleno de agua, las que vuelven esta agua de la blancura de la leche, embalsamada, y con esta agua se lavan hoy todas las parisienses que pueden gastar diez francos en un pomo ó pirámide, pues el diablo solo puede saber como han llegado á averiguar que al continuo uso de esa agua oriental deben la Emperatriz y las Princesas ese color nacarado que todos admiraban en ellas, la frescura de la piel, y la limpieza y suavidad extraordinaria del cutis. Las pirámides que encierran el baño de Semiramis, llevan pegados en sus frentes la explicacion y advertencias en inglés, para su uso, la figura de un dios de la India, los retratos de los perfumistas egipcios, inventores de esta cosa, y rodeado todo de la serpiente sagrada de las siete cabezas. Te digo, que la muger de Paris está loca con el tal líquido oriental.

La Emperatriz merece bien la corona que lleva sobre su frente: no puedes figurarte como ha recibido á Torres Caicedo, un poeta, un literato venezolano, que hace algunos años se halla en Paris, y que acaba de publicar un precioso volumen de poesías americanas, que todos estos periodicos han

elogiado, y que él mismo quiso presentarlo á la triple soberana. La Emperatriz le recibió en audiencia particular, aceptó su libro de versos, le dió las gracias, y despues de estar algunos minutos conversando con él en español, con la mayor amabilidad, le invitó á uno de sus fiestas íntimas, honor que tantos ambicionan y tan pocos consiguen. El chiquitin Torres Caicedo salió encantado, y, de seguro, se creyó que habia crecido en estatura una cuarta mas, lo que tan bien le vendria, porque, francamente, es casi un Tom Pouce venezolano.

Cuando habla de la Emperatriz, se exalta; en tratándose de Francia ha dejado de ser republicano: es imperialista absoluto, y, mas que napoleonista, es eugenista. Torres Caicedo es otro hombre, y aquí comprenderás, amigo Junípero, todo cuanto se puede conseguir con tres palabras acarameladas, dos sonrisas á tiempo y una invitacion para un baile.

Verdad es que si Torres Caicedo es en estatura mas pequeñito aun que Mr. Thiers mismo, en carácter no es tampoco la misma cosa que el gran historiografo y político francés.

Y hoy dá fin aquí el sainete
Perdonad sus muchas faltas.

P. P.

ZIPI-ZAPE.

Nueva York, Marzo 4 de 1864.

¡ Amor de mis amores! Tú « Don Junípero, » hombre que vives de la risa, hombre-salamandra contra el mal humor, dichoso mortal que haces dichosos á los demás; tú á quien la naturaleza dió númen de píldora cerúlea y (sin términos de boticario), númen antibilioso; tú, por consiguiente, remedio contra el cólera y contra el vómito (por que nadie ha muerto hasta ahora de esas enfermedades mientras ha tenido en la mano á un « Don Junípero » para reirse, ¿ no es cierto?), tú, que al beleño de tus cascabeles de oro, has puesto el cascabel á este gato de tu corresponsal, cuyo hombre (si es hombre y lo máquina, un corresponsal), al son de tus doblones en lugar de llorar á dobles, rie á doblas; tú.....

Dime, « Don Junípero, » ¿ dónde iremos á parar el lector, tú y yo, con ésta invocacion? Tú..... tú..... y mas tú..... en lugar de un tu-tu-tu, que era por donde debia haber principiado, para anunciarte que hemos perdido á Brignoli, el gran tenor de la gran ópera de la gran Academia de Música. El pobrecito ha muerto de una enfermedad muy rara: se le acabó el resuello. ¿ No crees tú que eso es muy raro? Toda la gente muere de algun mal conocido, y cuando no es conocido se le dá un nombre bien extraño, bien estrambótico, que

nadie entienda, ó se le llama difteria, que es un mal tan nuevo como los contrabandos y el juramento de fidelidad á la Union. Pero el tenor de la Academia de Música, no murió de mal conocido, te lo repito.

Estaba tan gordo como siempre. El pulso, como diria el Doctor Sangredo, regular; el color de la piel, natural; el calor..... no es extraño que no tuviese calor, por que el fué siempre tan frio! Tenia las estremidades inmóviles, como de costumbre. En fin, no manifestaba ningun signo esterno por el cual se coligiese lo que le estaba pasando por dentro. Pero asimismo se murió.

El cartel anunciaba la ópera de los *Puritanos*. Es una ópera que Bellini escribió antes de morir. (¡ Qué mano que la hubiera escrito despues!) Digo, es el último pensamiento de Bellini. Los puritanos de acá gustan de los *Puritanos* de Bellini, no por la música sino por el nombre. Son como el hombre que se casó porque su mujer se llamaba Caridad, sin pensar que los demás pensarían lo mismo y que sino era una Caridad bien entendida, no entraria primero por casa sino por la casa de los demás. (Y, no lo digas, así fué.) En anunciando *Puritanos*, ya todos se creen aludidos, y se figuran que el tenor mata los ratones en Lunes por no matarlos en Domingo. Los puritanos descansan y oran solamente en Domingo, tú lo sabes, y se escandalizan de que las gallinas pongan huevos — que no es poco trabajo — en el día de descanso.

La ópera de los *Puritanos* atrae mas que el iman, mas que un billete, aunque esté verde, mas que un par de ojos agenos cuando están colocados en una armazon de faldas y miran para matar.

Los puritanos llenan el teatro, en toda la estension de la palabra, porque si de la orquesta para allá todos son puritanos, de la orquesta para acá todos quieren serlo, y querer es poder.

El teatro, pues, estaba lleno, lleno de puritanos. Empecemos por los de acá, por aquello de la caridad bien entendida.

En el patio veo á todos los dependientes de almacén y á todas las grisetitas de Nueva York. Las primeros están siempre puros y en apuros. No me negarás que el puritanismo les cae como pedrada en ojo de boticario. ¿ Las segundas son puritanas ó no lo son? Si, para puritanas les sobran letras (menudas.) Los demás ocupantes de las butacas no estarian sino fuesen puritanas; porque son tan estrechas las tales butacas, que solo espíritus puros entran en ellas.

En los asientos mas altos que aquí se llaman *dress circle* ó círculo de vestir como si fuese agente impuribus, se sientan los amos del teatro en primera línea, los antiguos adinerados de Nueva York, los que formaban antes el núcleo de la sociedad; y si tú sabes de historia, los reconocerás como puritanos.

En los palcos altos está hoy la novel aristocracia: el puritanismo mas refi-

nado. Mira «Don Junípero,» las narices de aquel magnate y dime si no vendrá con narices y todo de la Tierra Santa ó de la Judea? Pues aquel es un ex-mon-te de piedad ambulante; prestaba sobre prendas al 21 por ciento hasta que em-ppezó la guerra. Entonces se hizo puri-tano.

La otra que está á su lado es una ex-profesora de partos, que hoy seria mar-quesa si la revolucion hubiera llegado ya á donde tiene que llegar. Es puri-tana.

Y todos son puritanos así.

Y la ópera era *Los Puritanos*, ya te lo dije.

PERSONAJES DEL CARTEL:

Elvira, cantada por Mlle. Kellogg, cumplida personificación, en voz y be-lleza, de la gracia puritana.

Sir George, hecho por Biachi. Hablo del papel, que el noble Sir tenia su pa-dre bien conocido.

Lord Walter, representado por Miller, un alemán que no es pariente del que ha anunciado el fin del mundo; pero que está á la moda, porque no hay otro mejor y porque los alemanes dan esce-na por las cuestiones de los ducados que han acabado en guerra.

Henrietta, viuda del rey Carlos I, á cargo de la Señorita Stockton, prima donna comprimaria ó comprimiente, y

Lord Arturo Falbot, á quien pongo de último para decirte que lo representa-ba Brignoli, cuya muerte ocurrió en las tablas, no obstante que el personaje de la ópera es perdonado.

Al llegar el público al teatro se le dió la sorpresa de avisarle que Biachi estaba enfermo y que se le habia susti-tuido. Son dos cosas: la enfermedad y la sustitucion.

¡Biachi enfermo! Efectivamente se habia casado tres noches antes. ¿Quié-res mas enfermedad? Por lo menos tendria dolor de cabeza, que es achaque de casados, ó dolor de muelas, que sue-le dar á los gatos y á los novios. El po-bre *basso*! todos le tuvimos lástima, no porque se hubiese casado, sino porque estaba con dolor de muelas.

Le sustituyó el Signor Gariboldi. No confundas á este con Garibaldi, hay una *o* de diferencia y además, este no es ningun libertador, sino un pintor de bambalinas de teatro, y pintor muy bueno. Ya tú ves que siendo pintor de teatros y siéndolo muy bueno, debia saber cantar muy bien. Además, no te-nia dolor de muelas, no mahullaba. Era una garantía para el público. Si el Sr. Gariboldi cantó, el público lo sabe. En el famoso duo *Suoni la tromba é intrépido*, estuvo tan intrépido que cambió la *o* de su nombre en *a* y se hizo un Garibaldi gritando, pero *gritando* de veras, lo que el censor, que es buen chico, te permita poner aquí, con tal que acabe en un *lá* agudo y largo.

Lo demás de la ópera estuvo purita-no de dia domingo hasta que llegó la muerte del tenor. El boceto dice que el rey fué derrotado y *Arturo* perdonado. Mas en el teatro lírico de Nueva York

no hubo perdon. Arturo murió. Si ha de resucitar yo no lo sé; pero de que mu-rió, bien muerto, no te quede duda. Del buey, dice la fábula, que fué á cantar y dijo *mí*; pero de Brignoli te digo yo que fué á cantar y no dijo nada. Se le heló la voz en la garganta como al criado del duque de Osuna cuando iba para San Petersburgo. Es verdad que estan por acá haciendo unos frios para helar cualquiera voz que no sea la de Biachi. Tal vez cuando vuelva el calor, se le deshiele la voz á Brignoli y en-tonces acabe la ópera de los *Puritanos* que dejó pendiente en el momento de morir por falta de resuello.

Las puritanas de Nva. York están de luto por la catástrofe y para consolarse andan averiguando si Mazzoleni —el otro tenor— es casado, á fin de susti-tuir á Brignoli; hablo del tenor, no de la prima donna de este nombre.

Y ahora, amor de mis amores, hom-bre de la risa, númen de la cerúlea pí-l-dora, anti-cólera y anti-vómito, ilustre «Don Junípero» amigo, ¿perdonarás que este *Zipizape* no sea de *Pascual*? El infeliz no está muerto como Brigno-li, ni tiene dolores como los de Biachi (Dios le salve el lugar); pero no habien-do leído en un mes ni un número si-quiera de tus Juniperadas, ha sufrido una hepatetis que le tiene en cama to-mando homeopatía á la gruesa.

Suena «Don Junípero» todos tus cas-cabeles, repica tus doblones, mete un ruido espantoso para que nadie eche de de ver que el gran basso Biachi ha sido sustituido por el pintor de bambalinas y que tu siempre saleroso *Pascual* ha sido suplantado en esta vez por el des-masalado

Incógnito.

CANTOS POPULARES.

Quando amor, dos corazones
Con dulce lazo los ata,
De tal manera los une
Que son dos cuerpos y un alma.

Sella tu labio, pues pende
De tus palabras mi vida,
Que si mata la tristeza
Tambien mata la alegría.

Fecunda al campo, el arroyo
Que desbordado lo arrasa;
Lágrima de amor es dicha
Y llanto de amor desgracia.

La blanca es hecha de nieve
Y la morena de fuego,
Por eso busco el calor
Despues que he sentido el hielo.

Brota en mis labios la risa
Cuando el telégrafo miro,
Pues sin él se comunican
Tu pensamiento y el mio.

No necesitas cadenas
Para tenerme cautivo,
Que basta la negra cinta
Que te cruzas al tobillo.

La salud busca el enfermo
Y la dicha el desgraciado,
Y yo, siendo las dos cosas,
Busco las dos en tus labios.

El ciego no tiene idea
Del sol, á quien nunca vió,
Ni del amor ningun pecho
Que su llama no sintió.

De la milicia de amor
Soldado soy licenciado,
Que vengo á pedir reenganche
Por estar bajo tu mando.

Pintan á la fé vendada,
Y así mi alma se encuentra,
Si hé de ver que tú me olvidas
Nunca me quites la venda.

Si por las almas que sufren
En tus oraciones rezas,
Hazlo tambien por la mia
Que es por tu amor *alma en pena*.

No es oro lo que reluce,
Ni diamante lo que brilla,
Ni tus lágrimas tristeza,
Ni tu sonrisa alegría.

Nadie se atreve á decir,
—De esta agua no beberé—
Que puede querer un dia
Calmar con ella la sed.

Es, niña, tu corazon
Un vaso de esencia lleno,
Dichoso el que su perfume
Pueda aspirar el primero.

A un tiempo los dos rompimos
De amor el estrecho lazo,
Y cuando ya no hay remedio
Conocemos nuestro engaño.

El fuego que ardió en mi pecho
Al de tus ojos revive,
Y la razon no es bastante
Para poder extinguirle.

De mi corazon al lado
Llevo una rosa marchita,
Emblema fué de tu amor
Y hoy al mio simboliza.

Amarillo pensamiento
Como recuerdo te envio,
Que la imágen de esa flor
Diciéndote va los mios.

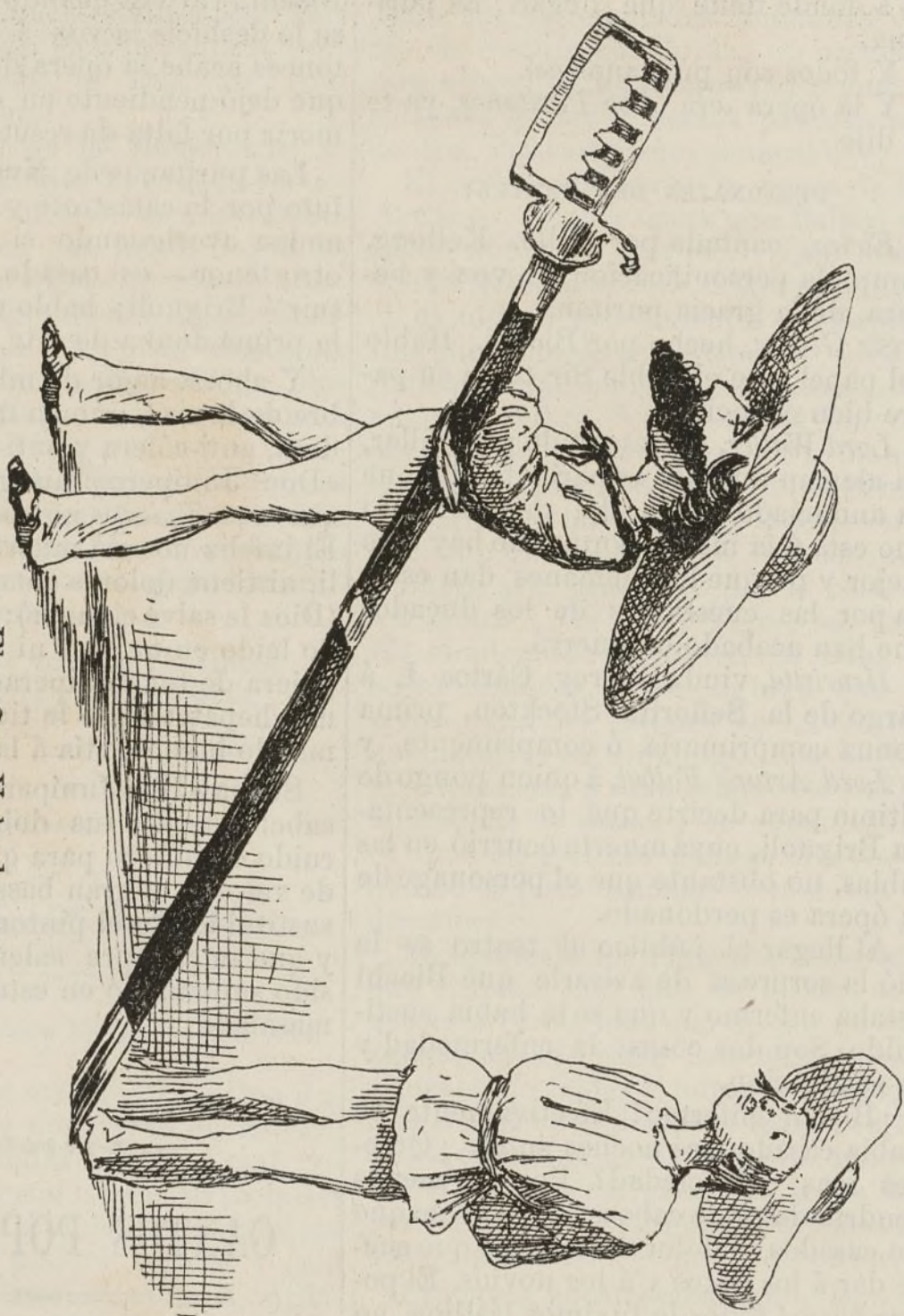
Mi corazon á tus ojos
Está sirviendo de blanco,
Y para evitar sus tiros
Me escudo en mi desengaño.

En busca de sus amores
Su copa elevan dos palmas,
Así los dos nos buscamos
Desde ventana á ventana.

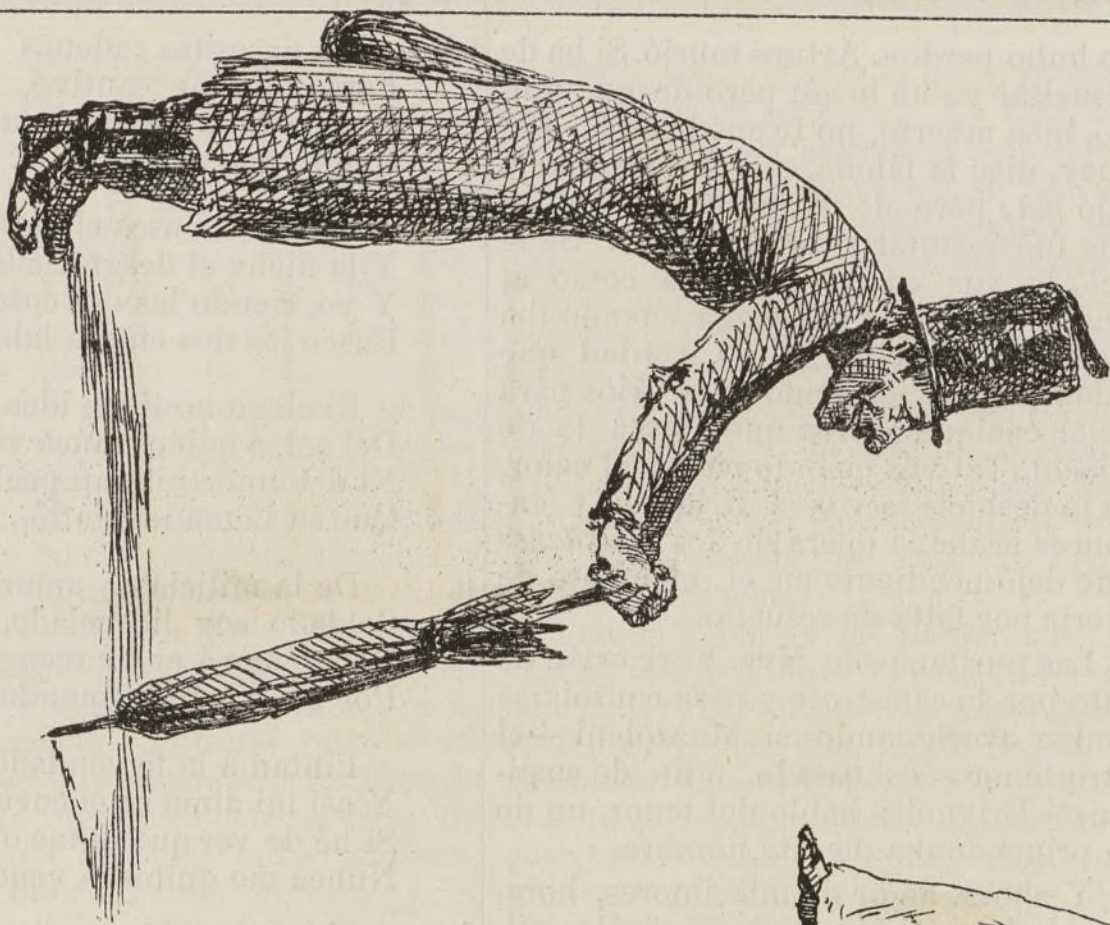
Para bañarte en el rio
Destrenzaste tus cabellos,
Y te cubrieron sus hebras
Como pudoroso velo.

Mario.

LOS RAVELES.



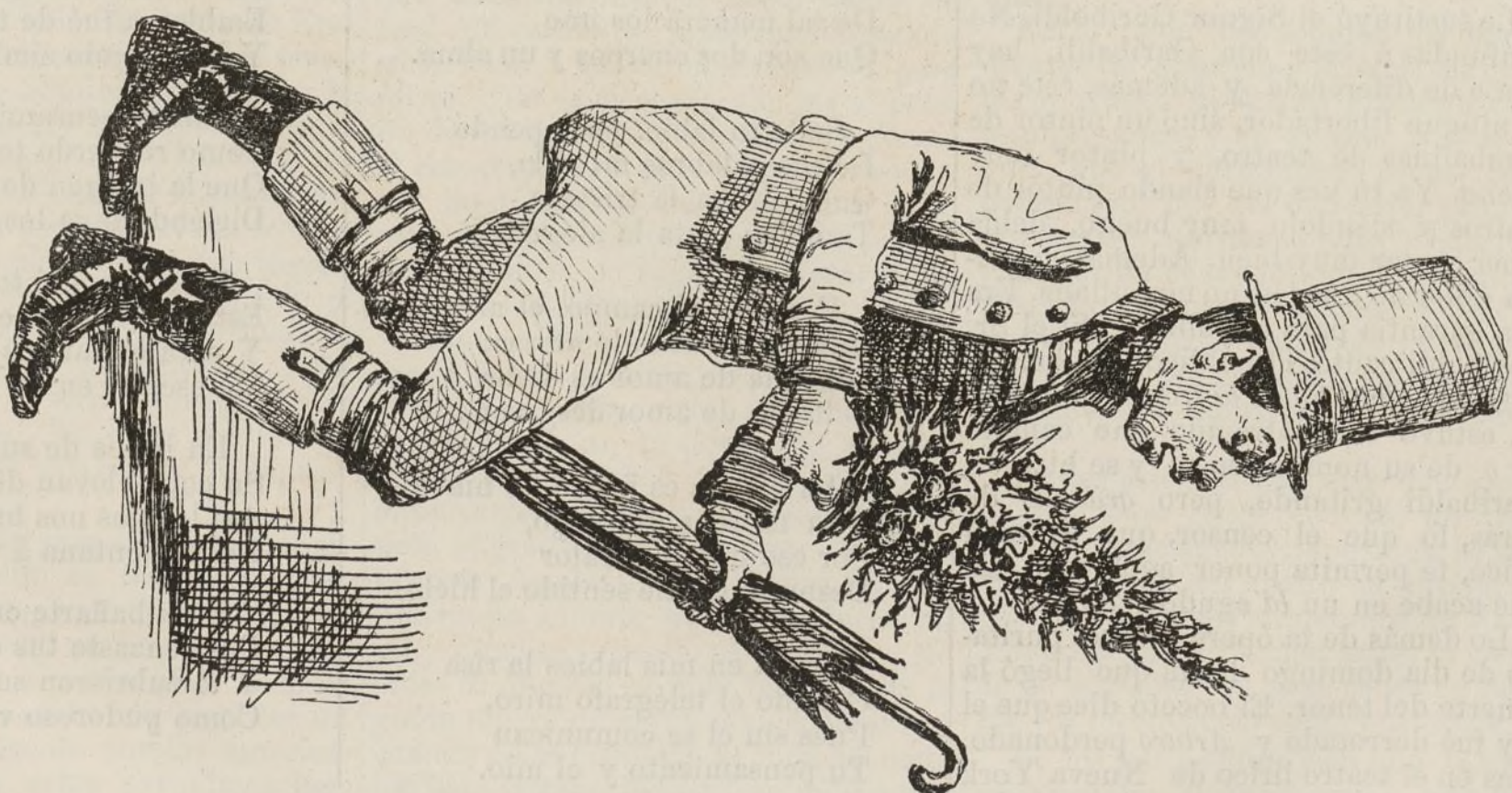
El señor Velarde, en .
el Zapateo Cubano.



J. Martinetti, en Bertrand.

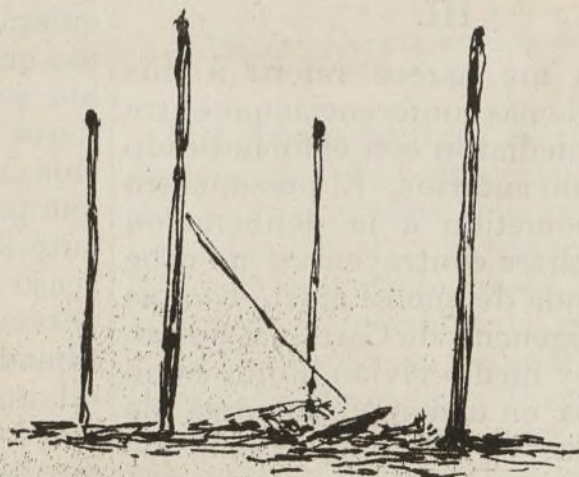
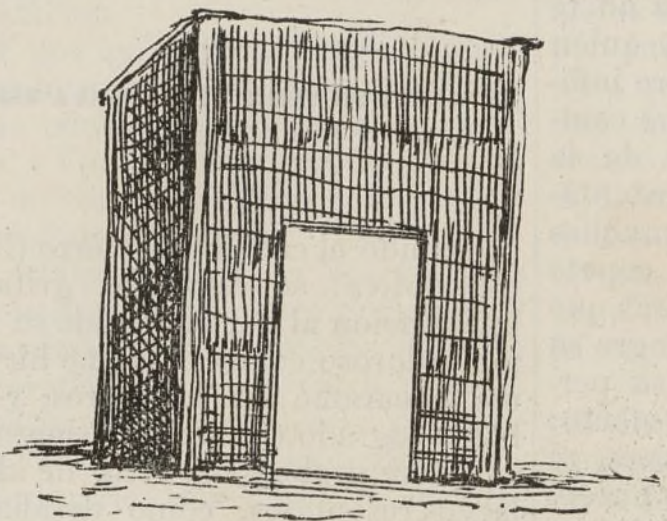


Marzetti Bebé.

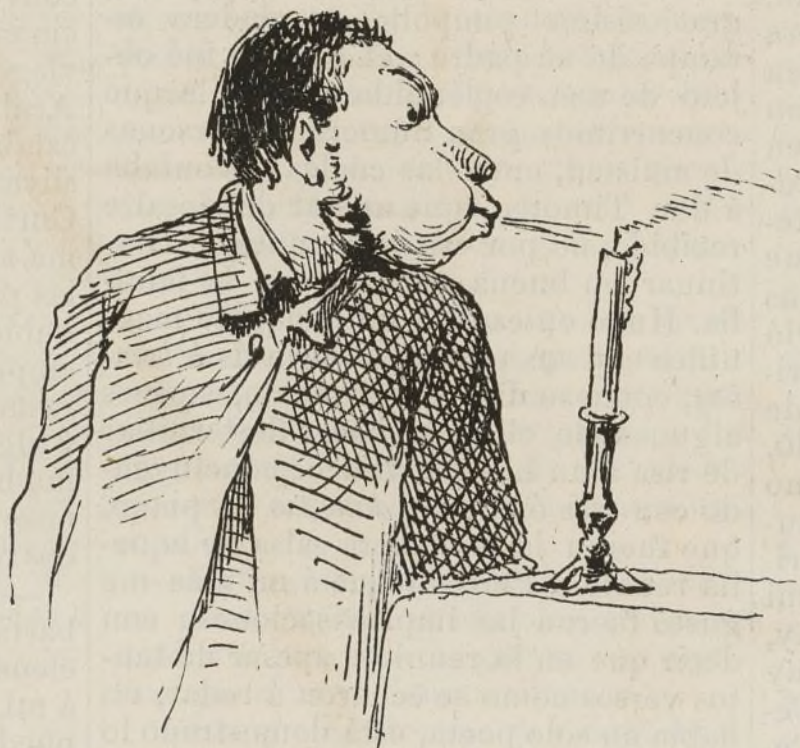


Felipe Martinetti, en
el Hombre Salado.

EL ENSAYO DEL CAMPO DE MARTE.



Magnífico resultado obtenido por el señor Quesada, con su nuevo sistema de apagar el fuego.
NOTA.— Parece que éste sistema consiste en dejar que el fuego se apague por sí solo, método bastante antiguo y conocido.



Otro sistema de apagar la llama tan conocido como el del señor Quesada.



El Cielo, viendo la inutilidad del invento del señor Quesada, dispersa todas las bombas y suelta las suyas.

UNA ESPOSA MODELO.

III.

Escusado me parece referir á mis lectores las demás conferencias que entre los novios mediaron con el fin indicado en el capítulo anterior. El presupuesto se hizo, y sometido á la deliberacion de ambas partes contrayentes, no cabe la menor duda de que se ajustó conforme á las exigencias de Carolina, puesto que al mes y medio vivian juntos como dos palomos en una modesta casa de la calle de las Virtudes. En la sala, que la casa no era de zaguan, no se veía coche, ni victoria, ni cosa equivalente: habia en ella el número indispensable de muebles y nada mas. Me consta que participaron su nuevo estado á un sin número de amistades; pero de estas fueron muy pocas á hacerles la visita, porque las demás creyeron que no era de buen agüero, ó mejor dicho, de buen tono, la economía con que se habian establecido, tanto mas, cuanto que en el concepto de muchos el esposo de Carolina gozaba fama de acomodado. Recuerdo perfectamente una noche en que hallándome de visita en casa de unas amigas de la recién casada, se ofreció hablar de ella con motivo de su matrimonio, y en verdad que es digno de referirse el diálogo que allí se entabló. — «¿Y tú qué dices á eso?» exclamó Mercedita, lindísima rubia de ojos azules, dirigiéndose á Inés, graciosa tri-gueña de ojos negros que estaba á mi lado: — «A lo cual contestó esta: «¡Ay, hija! yo no sé; pero esto me da muy mala espina. ¡Y yo que creía que Celestino era hombre de capital!» — «¿Pero tú viste la casa que ha tomado?» — «Yo? ¿Que había! ¿No faltaría mas! Ni pasar por allá. Yo no me visito sino con personas de carruage.» — «¿Pero es posible, china, que ni siquiera le haya puesto un miserable quitrin? ¿Vaya un hombre cuaba!» — «Pues mira, no será porque le falte con qué, pues yo he oído decir.....» — «¡Ay mulata! De dinero y de bondad la mitad de la mitad. Yo lo que te digo es que el que no gasta carruage, es porque no puede sostenerlo. Con que mira tú, yo conozco á muchos que lo tienen contra viento y marea, solo porque no se diga.» — «Sin embargo, el marido de Tula, la prima de Encarnacion, es hombre bastante acomodado y tampoco tiene....» — «Mira tú á quien me citas. Si los dos son á cual mas miserable. Finalmente, lo que te digo es que yo voy por allá ni amarrada. Si la veo en la calle y no puedo escusarme, la saludaré y aquí paz y despues gloria.»

No obstante, esta reprehensible inconsecuencia de la amistad, en cuyo debate no tomé cartas por motivos que me reservo, Carolina continuaba en su casa feliz y contenta, cuanto puede serlo una mujer que ama entrañablemente á su marido y á quien no le falta lo necesario para vivir. Una noche, con motivo de haberle hablado yo indirectamente respecto á la murmuracion de

que habia sido objeto entre sus amigas, me contestó: — «Mira, otra vez no te quedes muda, Celestina: dí á quien quiera que sea que me considere infeliz, que se equivoca; que no me cambio por la mujer mas dichosa de la tierra; que yo sin lujo y sin ostentacion, no envidio la suerte de muchas que pasan por señoras de alto copete ante los ojos del público, mientras que acaso lloran con lágrimas de sangre su desventura en la soledad de su perfumado retrete.» Y así era en efecto: mi amiga, no envidiaba entonces, ni aun hoy envidia la dicha agena, puesto que tiene lo bastante con acariciar á su esposo y á sus hijos, en quienes tiene incesantemente fijos los interesantes ojos de su alma apasionada y tierna. Baste decir, que es tal su felicidad, que la transmite facilmente á cuantos la rodean.

Al año de matrimonio dió á luz un graciosísimo pimpollo, verdadera estampa de su padre: el bautizo fué objeto de una espléndida fiesta, á la que concurrimos gran número de personas de amistad, entre las cuales se contaba á don Timoteo, que apesar del desaire recibido, no por eso dejó nunca de continuar en buena armonía con la familia. Hubo en ese día un banquete magnífico con sus postres de brindis ó bombas, como se dice vulgarmente, capaces algunas de ellas de hacer desternillar de risa á un hipocondríaco; concluyendo con tres ó cuatro dancitas al piano, que fueron la verdadera salsa de aquella reunion. Pero lo que á mí mas me gustó fueron las improvisaciones: con decir que en la reunion, apesar de tantos versos como se echaron á rodar, no habia un solo poeta, está demostrado lo bueno que estaria aquello. Uno de los diferentes vates, despues de una y otra bomba echadas al aire como granadas de mano, en obsequio de los padres del rorro, la emprendió con don Timoteo á quien ciscó, poniendo en ridículo sus pretensiones amorosas al través de su peluca rubia. La suerte que Carolina con el tino especial y admirable finura que la distinguen, acudió oportunamente y disipó el turbion que por instantes pudo haberse formado sobre la cabeza de ambos contendientes.

Una circunstancia en medio de aquella fiesta me llamó la atencion. El silencio, que para mí fué mudez, de un joven de veinte y cinco á treinta años, bella figura, decentemente vestido y de un mirar escrutador y apasionado. Reparé en él en la mesa, y á poco que hubo parado la atencion, supuse que le preocupaba alguna idea; pero no tuve ocasion de averiguar la causa de su distraccion, pues no bailó con ninguna amiga á quien poder preguntar despues, ni habló con otra persona mas que con el esposo de Carolina. Lo único que puedo asegurar es que me chocó su semi-melancolía, y que al retirarme para mi casa me preocupaba á mí tambien otra idea que no me fué posible descifrar.

La Madre Celestina.

(FINALIZARÁ.)

LA INVASION DE LOS REBELDES.

UN VIAJE EN LOS CARROS DE FILADELPHIA A WASHINGTON.

(TRADUCIDO.)

Cuando el caballo de hierro (llamado locomotiva) se esforzaba gritando de indignacion al ver contenido su ímpetu tan ardoroso como el agua hirviendo, me encaramé en los carros, y apenas habia logrado ocupar un asiento, lanzó aquel un prolongado grito de alegría y largos resoplidos, como desafiando al espacio, y partió el largo tren para Washington. En otros términos, entré en los carros en el momento mismo de partir. Andábamos camino de Washington. En pocos momentos cada cual se acomodó en su sitio y comenzó una conversacion que llamaré general. Hacía mucho frio para la estacion, pero los viajeros estaban muy lejos de sentirlo. Acabábamos de saber que los rebeldes estaban invadiendo los estados de Pensilvania y Marilandia. El gobernador Curtin acababa de expedir una proclama algo alarmante en sus tendencias y las personas tímidas sospechaban que hubiese algun peligro en el viaje que emprendíamos. Se decía que Lee estaba resuelto á apoderarse de Washington; y algunos pasajeros del carro en que yo me hallaba temian que ántes de que nosotros llegásemos á la capital las hordas rebeldes se nos hubiesen anticipado.

—En cuanto á mí, dijo una señora bastante obesa y de cara coloradota, haciendo un guiño agradable, en cuanto á mí, jamás me apuro hoy por lo que pueda suceder mañana; si los rebeldes vienen, sean bienvenidos: lo mejor es tomarlo con calma.

Esto fué dicho acentuando las palabras y con un movimiento de cabeza y otro guiño en direccion de otra señora que me figuré fuese hilandera. Esta se hallaba vestida de un modo que llamaba la atencion. Su sombrero tenia adornos demasiado lujosos para un sombrero de viaje y su capota revelaba la intencion de producir buen efecto. La señora en cuestion habia manifestado gran temor de que fuésemos sorprendidos y capturados por los rebeldes.

—Me alegro de saber, sin embargo, añadió sonriendo con simplicidad, que esos malditos tratan siempre á las jóvenes con notable cortesía. Yo creo que les permitirán continuar su viaje sin otra molestia que la de ser contempladas por ellos. Ah! la sola idea de verlos me hace estremecer.

Aquí llegando arregló su capota, enderezó su sombrero y se alisó el pelo con un peine de bolsillo.

—Si las señoras son jóvenes y hermosas, dijo un viejo que estaba sentado junto á mí, son conducidas al Sur y los oficiales rebeldes las rifan para ver á quiénes les tocan.

Y al decir esto mi compañero de viaje me dió un pellizco en un costado, esforzándose para contener la risa.

—Dios mío, exclamó la hilandera,

si es así, yo debo quedarme en la primera estacion.

—¿Y por qué, señora? replicó apresuradamente una jóven nada mal parecida que estaba sentada cerca de la hilandera, «Vd. no es ya pollita y por lo mismo no corre peligro: Vd. ha pasado ya la edad de la quinta».

Esta salida fué recibida con sonrisas de aprobacion de todos los presentes, y con carcajadas estrepitosas de la vieja caricolorada, que parece fué la primera en resentirse de la apariencia y maneras pretenciosas de la hilandera.

—¡Ordinaria! murmuró la última; pero la primera no contestó.

La temperatura se hacia fria. El aire de la noche refrescaba en tanto que dejábamos los suburbios de la ciudad detrás de nosotros. La conversacion tomó un carácter mas sério.

—Qué vergüenza, exclamó un oficial, es el vernos amenazados de invasion. Nosotros, pueblo del Norte, con nuestros veinte millones de habitantes, con nuestros recursos ilimitados, nuestras escuadras y grandes facilidades de transporte, nuestra veintena de generales desocupados y nuestra decantada superioridad. Oh! siento hervir la sangre al pensar que unos cuantos politicastros de Washington están haciendo de esta guerra (que pone en peligro la existencia de la forma del gobierno mas libre y mas benéfico que haya regido jamás á la humanidad) una trama eleccionaria, un escalon para la presidencia. Esta rebellion podria ser sofocada instantáneamente si la gente que rodea á nuestro presidente fuera honrada y patriota.

—Pero, señor, interrumpió un personaje de aspecto mesurado, cuya corbata blanca y vestidos clericales revelaban al cura,—pero, señor, Vd. se olvida de que al lado de la cuestion de la prosperidad de nuestro pais figura otra causa mas santa.»

El orador fué interrumpido por el oficial que, levantándose y accionando, exclamó:

—Maldita cuestion y malditos los fanáticos. Yo no puedo hablar á un hombre que arroja á su pais de su pedestal para colocar en él á un ídolo de otra raza.

El predicador bajó los ojos visiblemente horrorizado de la rudeza del oficial, y miró en derredor suyo con aire de humilde triunfo.

Aquí la vieja imitó el tono del predicador, no sin gran disgusto de aquel, que inmediatamente tomó un aire muy severo y nada mas dijo por algun tiempo.

Las horas corrian, y habiendo pasado por Baltimore, comenzamos á entrar en la que se consideraba parte mas peliaguda del camino. Los pormenores que supimos en Baltimore no eran por cierto muy tranquilizadores. Se temia que los simpatizadores de los rebeldes destruyesen el ferro-carril; las guerrillas podian atacar el tren; en fin, se hacia un centenar de suposiciones desagradables por extremo. Los pasajeros

estaban todos mas ó menos impresionados de un temor vago, esceptuando, por supuesto, aquellos espíritus varoniles que se rien del peligro. Sobresalian entre todos un jóven que se nos reunió en Baltimore. Este segun se nos dijo, era un dependiente en uno de los ministerios de Washington, que, habiendo salido por corto tiempo, se habia demorado demasiado y regresaba á la mayor brevedad.

—No me importa la invasion, dijo en alta voz, ni un ardite. Mas bien me gusta la conmocion que ha de producir el asunto; cuanto mas que estoy preparado para una refriega: —diciendo lo cual sacó un revolver de su bolsillo y lo enseñó con bastante disgusto de los que junto á él estaban sentados.

Era ya cerca del amanecer y hacia bastante frio. Un sentimiento de opresion prevalecia entre los pasajeros. De trecho en trecho encontrábamos piquetes escalonados defendiendo el camino, y mas de tarde en tarde cuerpos mas numerosos acampados cerca de la línea. Era evidente que se ejercía una vigilancia inusitada, lo cual estaba muy lejos de tranquilizar á los pasajeros.

—Válgame Dios, dijo la vieja en tono menos festivo que el que usaba de ordinario, y qué desgracia es ver á los americanos hacer así la guerra á los americanos. Si tan siquiera estuvieran zurrando á los ingleses yo no diria una palabra.

—Ese es un pensamiento pecaminoso, señora, dijo el predicador. Debemos desear la paz y no la guerra con aquellos que ningun daño nos hacen.

—Ese predicador me va á sacar de tino, dijo el oficial que habia vuelto á su asiento cerca de nosotros cuando salimos de Baltimore.

El orador fué interrumpido por un prolongado grito de la locomotora que disminuyó su velocidad. Siguió á esto una alarma general, especialmente cuando el tren se detuvo por completo.

—Qué sucede? qué sucede? era el grito general, en tanto que las mujeres se agrupaban evidentemente aterradas. El oficial les pedia con vehemencia que permaneciesen quietas.

—No puede haber peligro, dijo el hijo de Marte. Nuestras tropas están sobre las armas á lo largo de la línea. Esos que habeis visto durante el viaje eran nuestros piquetes, y puedo asegurar que no hay rebeldes en las cercanías. Pero si esos reveldes son tan sagaces, dijo la vieja, cuya cara estaba un poco menos encendida y cuya mirada y voz espresaban entonces alguna inquietud. La hilandera parecia ansiosa de ocultarse á las miradas de los guerrilleros, y dijo:

—Estoy segura de que se llevan á las jóvenes; y debo manifestar que me disgustaria mucho verme obligada á casarme con alguno de esos perversos. Aquí levantó la cabeza y se arregló con gran cuidado el vestido.

(Concluirá.)

UN CUARTO DE HORA ADELANTADO.

(TRADUCIDO PARA EL «DON JÚNIPERO.»)

Mis quince minutos fueron el precio de tres años de esta guerra, en el que solo por un milagro, el cambiar la piel y el adquirir el color de un indio, me salvó de ser roído hasta los huesos. Mientras me quedaba la mas mínima señal de blanco en el cuerpo, fuí presa de estos chupadores de sangre humana. Pero al fin llegué á ser indistinguible entre un salvaje ó un carbonero; y hacia el término de mi destino, ni los mosquitos podian penetrar una piel curtida como estaba la mia por el sol, la arena y el agua salada.

Entre tanto el mundo siguió rodando. Mientras mis campañas se reducian á la demolicion de barricas de cerveza, caza de ratones y encuentros con una raza de *tiradores*, que hubieran dado qué hacer al mismo Bonaparte, la Península resonaba con las hazañas de mis paisanos y mi antiguo regimiento haciendo mucho ruido en los despachos; y para mi asombro y envidia, mi amigo, el perezoso Jack, ascendido á capitan del mismo.

Un cuarto de hora era la causa de todo. Si yo me hubiese aguardado hasta que el último bote hubiese conducido á bordo el último soldado del regimiento, á mi me pertenecerian las dos charreteras que llevaba Jack en el campo de la gloria, en vez de estar sentado en una miserable choza en el Centro America, asado, mordido, desnudo, miserable, y lo peor, sin ascender.

Pero cambios mas cerca de Inglaterra habian tenido lugar. El Gobernador habia muerto de la fiebre amarilla; y Adelina habia desaparecido con el cambio que esta pérdida habia ocasionado. Todas mis preguntas fueron estériles; pues que en el bendito clima de las Antillas, la sociedad desaparece con la rapidez con que lo hace la cosecha de la caña, y nadie se molesta de los cambios de fortuna del vecino de enfrente. El general, el estado mayor y la sobrina estaban tan borrados de la mente pública como lo estaba el calendario del año anterior.

Adopté una resolucion desesperada. Una bonita criolla, de cierta edad, una viuda con una hacienda, cien mil duros, y muy marcados deseos de contraer segundas nupcias, hacia algun tiempo que me lisonjeaba con sus atenciones. Hasta entonces la Europa, Adelina y las glorias habian eclipsado los sólidos hechizos de la alegre criolla. Pero mi dueña habia desaparecido, nadie sabia donde, la Europa distaba mas de tres mil millas, y mi gloria probablemente terminaria en una calentura si pasaba otro verano en aquel pantanoso pais. Determiné tener compasion de la viuda: salvé lo mas pronto posible el camino acostumbrado en estos casos; le dí una serenata al pié de su ventana; le regalé un millar de los me-

jores tabacos que pude comprar; juré que las rosadas mejillas de mi país eran despreciables al lado de sus bellezas del color del olivo y que todo rendía homenaje á ojos del tamaño y color de los suyos.

En cambio fuí honrado con las mas graciosas sonrisas de la verdaderamente hermosa viuda; mas el honor no quedó sin precio; pues, la misma noche que la pedí en matrimonio, á la claridad de una luna á la que la mejor que aparece en el cielo de Inglaterra no es mas que un farol de sereno, rodeado de flores y de cocuyos que brillaban en el espacio como los ojos de mi amada, recibí, al atravesar un cañaveral, á mí vuelta para casa, dos puñaladas, que me tendieron en la cama por mas de dos meses, y que si no es por mi capa ó por la presencia del ángel que protege á los verdaderos amantes, hubieran dado fin á mis amoríos en este mundo. Quien era mi rival, nunca lo pude averiguar, donde habia tantos que deseaban hacerse dueños de los cien mil pesos. Mis conjeturas recayeron sobre el administrador de la finca. Pero recobré mi salud, y la señora estaba, por supuesto, mas resuelto en su idea viendo que no era del agrado general, y el día de la ceremonia se fijó.

Hasta entonces habia seguido este asunto con algo de la languidez indígena del clima. ¡Pero un inglés, un oficial, y el día de su enlace! Así es que vestido de gala me apresuré llegar á casa de mi novia, para anticiparme, por lo menos de algunos minutos, á los convidados. Desdichadamente la novia no estaba aun lista; pues estaba limpiando su conciencia con el padre confesor. Tenia aun quince minutos que esperar; y creyendome ya con derecho á los secretos de la casa, empecé á admirar lo que muy pronto seria mio. Era un día caloroso; y medio sofocado por la calor, abrí la puerta de una salita que daba al jardín.

¡Oh sorpresa! Delante de mí, y pintado en un gran espejo estaba la forma, la fisonomía, la gracia sin igual de Adelina!

Temí, si hablaba, romper la ilusión, y quedé clavado en el umbral de la puerta, mirando con encanto y admiración. La figura estaba ocupada bordando: al fin ví levantar su cabeza, y oí un grito de asombro al retratarse nuestros dos formas en el espejo. Salté en medio del cuarto, y cojo..... á Adelina en mis brazos!

Que me impotaba lo poco que nos conocíamos? La habia amado durante tres largos años. Se ruborizó, estaba confusa, y yo tuve la audacia, la locura, la crueldad de obligarla á que declarase que no habia otro quien ella amase tanto. ¡Aquellos eran momentos terribles!—Adelina estaba mas hechizera que nunca. Ella empezó á contarme algo de su historia, pero yo no me dí suficiente tiempo para comprender una palabra. Yo, tambien traté de explicar algo, pero solo conseguí el hacer el todo inentelible.

Continuará.

JUNIPERADAS.

El profesor de piano decia á la señorita que en el espacio de siete años el cuerpo humano se cambia completamente, de suerte que se pone como nuevo.

—De suerte, señorita Luisa, que dentro de siete años no será V. la señorita de hoy.

—Así lo espero, dijo la niña suspirando.

Jamas traduzcas un suspiro, lector amigo.

Cuando negocie V. una cosa que tenga todas las mejoras modernas, averigüe V. si tiene censo.

El epítafio dice: “aquí yace Isabel, esposa del mayor general William Hamilton, que estuvo casada con él 47 años y jamás hizo cosa que disgustase á su esposo.”

“Porque el otro no la dejaria,” dijo con rabia un solteron.

—Juan, puedes tu describirme un murciélago?

—Sí, señor, es un insecto que vuela, tiene alas de goma elástica, y un rabo de trenzas de zapato; vé con los ojos cerrados y muerde como todos los diablos.

Nunca prestes tu paraguas; es una gentileza que no vuelve. No des al caletero mas que lo justo; le enseñas mal. Si pierdes un guante, no guardes el otro, porque nada ganas con eso. No te engolosines con la dulzura de la filosofía; mira que hay azúcar de plomo.

Oh! dijo un tonto, yo creo que el mundo va mejorando y qué el hombre va ganando cada día, segun veo. Mi abuelo retonto era, padre tonto solamente.—Y tú eres solo demente, le dijo uno en la otra acera.

Un indio vió en la nariz de otro indio muy colorada una mosca que parada se quedó por un desliz, y contemplándola absorto, dijo:

Me alegro, me alegro, mosca que caballo matas, que te has quemado las patas en la nariz de mi suegro.

En un diario de Dublin se lee el anuncio de un Juan Lanas que “previene al público para que nadie fie nada á su mujer, pues él no pagará sus deudas, porque no está casado con ella.

BELLAS ARTES.—El jóven pintor, D. Antonio Herrera, acaba de pintar un precioso cuadro que representa *Una Driada junto á una fuente*. Muchos de nuestros lectores no conocerán tal vez al Sr. Herrera; no es extraño. Este artista tiene tanto talento como modestia, y la modestia es casi un pecado en el siglo en que vivimos.

Pero volviendo al cuadro podemos asegurar que nada ha producido la Habana, ó por la menos nada hemos visto en estos últimos años que pueda compararse á esa feliz concepcion donde campear la brillantez del color y la maestría en la *manera de hacer*. La encarnacion es suave y armoniosa, la figura está graciosamente dibujada y el fondo es bellissimo.

He ahí, pues, un jóven artista á quien no falta mas que un apoyo, una protección decidida para que llegue á figurar dignamente entre los buenos pintores de la época.

¿Encontrará el Sr. Herrera este apoyo? Nosotros esperamos que sí, pues la Habana ha dado muestras de apreciar y proteger el verdadero mérito y no faltan personns en ella que tienen á gala el contribuir al engrandecimiento de las artes y á las glorias de su país.

Tambien creemos que el gobierno y el Ayuntamiento no mirarán con indiferencia al jóven artista que entregado á sus propios recursos ha dado tan buena prueba de su feliz inspiracion.

El Sr. Herrera vive en la calle de Villegas N° 52, y allí pueden ver su obra las personas de buen gusto que deseen visitarlo.

¿HABRÁ ZARZUELA?

Reproducimos de un periódico de Lima, lo siguiente, que casi viene de perilla á la Habana.

Noticia teatral.—Antes de decir abur, —si no lo tienen á mal—diré á ustedes que la Mur,—zarzuelista sin rival,—há poco llegó del Sur.—Bien sabido es el renombre—de su artística figura:—ella no habla sin que asombre,—sin dar mucho de su nombre,—es decir, mucha *ventura*.—Un poeta amigo mio,—de *leal saber y enténder*,—y de cuya opinion fio,—así me decia ayer:—«Ya ver á la Mur ansío.—Ella un recuerdo dejó—que no tiene vuelta de hoja,—que con *clef* de oro cerró—cuando en un tiempo cantó el *Postillon de la Rioja*.—Hay mas de mil corazones,—(cuando su voz melancólica—exhala sus vibraciones),—que de una triste arpa eólica—créen oír los dulces sonos.—Cuando en sus ojos fulgura—del amor la llama pura,—puede la teatral historia—decir: «la bella Ventura—debe apellidarse *Gloria*.»

Aunque los poetas son—mentirosos de por sí,—digo quo tiene razon—y no hay exageracion—en nada de lo que oí.—Si quisiera continuar,—agotaria una resma:—ahora debo agregar—que durante la curesma—la Mur debe trabajar.—No hay, pues, que abrigar recelos—de que haya algun *casus-belli*—que produzca desconsuelos:—será miel sobre buñuelos,—porque tarda Rossi Ghelli.—Y dura cosa seria—que la suerte asaz impía—nos mantuviese en un áscua,—sin alguna compañía—que amenizase la Pascua.

HABANA: LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 22